

HORACIO QUIROGA: LAS MUERTES Y LA INSOLACIÓN

Nélia de Almeida Martins
Professora de Espanhol na Graduação em Letras da
Universidade da Amazônia- UNAMA

Horacio Silvestre Quiroga nació en 31 de diciembre de 1878 en Salto, Uruguay. En 14 de marzo de 1879, su padre, Prudencio Quiroga, vicecónsul de la Argentina en Salto, falleció víctima de un accidente de caza, deporte que era muy aficionado. Horacio tenía tres meses.

Por once años quedó al cuidado de su madre Juana Pastora Cortez y de ella recibió mimos y ternura. Pero ella se casó con Asensio Barcos y a partir de ahí se radican en Montevideo. Tras una parálisis casi total, el señor Barcos tuvo que permanecer inmobilizado en un sillón de ruedas. Un día, deprimido, accionó con el dedo del pie su vieja escopeta de caza y se disparó un tiro irreversible, sin reparar que el joven Horacio entraba en la habitación.

Fue entonces que Horacio Quiroga, como lenitivo de los fantasmas que ya debían rondar a su cerebro decidió dedicarse a la literatura. Con el dinero cedido por su madre fundó la "Revista del Salto" que solo tenía dos hojas. La revista tuvo colaboración de algunos amigos y la poesía se hizo presente en la publicación con los poemas "Fantasía nerviosa" y "Cuento fetichista", cargados de erotismo e incontenida morbosidad. La revista dura dos años. En febrero de 1900 él mismo se encarga de escribir su epitafio:

"Una publicación (...) que intenta el más insignificante esfuerzo de amplitud y penetración, cae. No se la discute, no se la exalta, no se la elogia, no se la critica, no se la ataca; ni la deja desaparecer como una cosa innecesaria: Muere por asfixia, lentamente." (1)

Con veinte años quise casarse con María Esther, hija de la ambiciosa doña Carlota. Su madre dio al traste con el idilio pues la fatal señora ya había puesto a perder la fortuna de varios hombres. A partir de ese hecho, coincidentemente, todas las mujeres de las que se enamoraría el escritor, se llamarían María.

En 1900 se marchó a París, destino de todo artista de su tiempo. Gastó todo lo que tenía pero el regreso a su población natal fue apoteósico solo por el mero hecho de haber cruzado el charco y haber llegado al Sena. Su ida a París tuvo el pretexto de la visita a la IV Exposición Internacional y la capital literaria del Modernismo lo deslumbra. Allí, con poco dinero, sufre y padece. Su entusiasmo declina y aun más cuando en las tertulias le preguntan si habla el guaraní, *"la lengua indígena de sus tierras platenses"* (2). El dandy afrancesado que encarnaba se ofende y añora el retorno. Con la ayuda del consulado uruguayo vuelve a su tierra, para no salir nunca más. Eso le movió a conquistar Montevideo.

Allí funda el "Consistorio del Gay Saber". Uno de sus compañeros era Federico Ferrando. Quiroga ya había publicado "Los Arrecifes de Coral". En ese tiempo, él, que era asmático, empezó a fumar haschich cuya experiencia le sirvió para escribir "El Haschich".

Por algún motivo Federico retó o fue retado en duelo por Guzmán Papini, miembro de un cenáculo literario rival. Horacio enseñaba a su amigo el manejo de una pistola cuando ésta disparó matando a Federico en el acto. Después de tres días de interrogatorios Horacio fue liberto de la culpa. Acosado por su propia angustia se refugió en la casa de su hermana en Buenos Aires.

En 1903 con Leopoldo Lugones conoció a las selvas en donde habían sido las Misiones Jesuíticas. Fue como fotógrafo de una investigación arqueológica pero tan pronto volvió a Buenos Aires ya quería regresar.

En 1904 Horacio Quiroga intentó poner en marcha una plantación de algodón en el Chaco y siguió escribiendo. Obtuvo su primer éxito con la novela "Los Perseguidos", colaborando con la revista "Caras y Carretas" y con el suplemento literario del periódico "La Nación". En 1906 abandonó la hacienda para colocarse como profesor de literatura en una escuela de Buenos Aires. Allí se enamoró de Ana María Cires, su alumna. A pesar de prohibido el amor por los padres de la adolescente, él planeó su objetivo: compró algunas hectáreas de tierra cerca de San Ignacio — uno de los pueblos de las Misiones jesuíticas — y, ante la insistencia de Ana María, la boda ocurrió en 1909.

En contacto con la naturaleza vivió feliz. Agrandó la casa, fabricó los muebles, plantó y escribió. Nació su hija Eglé, que tuvo ese nombre por ser un personaje de Dostoievsky. Después nació Darío en homenaje a Rubén Darío, que conoció en París. Por insistencia de la madre, Darío nació en Buenos Aires.

La felicidad completa, sin embargo, no era la más asidua visitante de la casa. Su suegra, que había acompañado al infierno verde a la hija, estaba siempre en el medio de los enfados conyugales, que se hacían cada vez más frecuentes. Un día Ana María se mató. Desesperado y sintiéndose culpable, el escritor entregó sus hijos a la suegra y volvió a Buenos Aires. Fue a trabajar en un pequeño despacho del consulado uruguayo en la capital de la Argentina. Siguió escribiendo y publicó "Cuentos de la Selva" dedicado a los niños pero aun cargados de lo macabro y lo terrible.

Fundó el grupo "Anaconda" y fue tomado por las jóvenes generaciones de escritores que, en aquel tiempo, no le dejaban a sol ni a sombra. Se sentía ahogado cuando conoció María Elena Bravo, compañera de colegio de su hija. Los padres de la muchacha no se opusieron a la boda, atraídos por el prestigio de Horacio.

Quiroga, entonces con 48 años se marchó con su jovencísima esposa de 16 años a la selva y su segundo matrimonio fracasó también. María Elena le abandonó antes que las cosas empeoraran.

Solo y sin un centavo, Horacio Quiroga regresó a Buenos Aires con un objetivo. A 19 de febrero de 1937, ante la perspectiva de una enfermedad incurable, se suicidó con cianuro.

CRONOLOGÍA DE LA OBRA

Los primeros escritos de Horacio Quiroga están en prosa y verso en los años 1894 a 1898 cuando él tenía 16 años. Estaba en la secundaria en el Colegio Nacional de Montevideo. Lee poemas de Leopoldo Lugones y se deslumbra. Empieza a colaborar en "La Revista" y "La Reforma" y en el semanario de Salto, "Gil Blas". En 1899 ya es amigo de Lugones. Es cuando funda la "Revista del Salto".

En 1900 va a París, llevando un diario de viaje. Cuando vuelve a Montevideo escribe "Los Arrecifes de Coral" en 1901.

En 1903 trabaja como profesor de castellano en el Colegio Británico de Buenos Aires y viaja a las misiones como fotógrafo; escribe el cuento "Rea Silvia". En 1904 publica "El crimen del otro" serie de cuentos que produce en cuanto cultiva algodón en Saladito (Chaco). Tras el fracaso de su empresa, regresa a Buenos Aires en 1905 y publica la novela "Los Perseguidos".

En 1906 nuevamente ejerce el magisterio como profesor de Literatura en la Escuela Normal número 8. Compra tierras en las Misiones. Quiere ser colono. Publica ocho cuentos en la revista "Cara y Carretas" de Buenos Aires y en 1907 publica otros diez.

En 1908 pasa el verano en San Ignacio y construye una vivienda. Se enamora de su alumna Ana María Cires y publica la novela "Historia de un amor Rubio". En 1909 se casa con ella y se instala en San Ignacio en 1910.

En 1911 nace su hija Eglé y en 1912, Darío. Pasa cuatro años lejos de los libros pero colabora con la revista "Fray Mocha" de Buenos Aires. Entre los cuentos publicados están "Los Alambre de Púa" y "Los mensú". Ana María se mata en 1916. Él asume el posto de Secretario Contador en el Consulado Uruguayo en Buenos Aires.

En 1917 publica "Cuentos de la Selva" y en 1920 funda el grupo literario "Anaconda". Publica "El Salvaje".

En 1921 tiene vinculaciones con el cine y la crítica cinematográfica. Estrena una pieza de teatro ("Las Sacrificadas") y se publican "Anaconda" (serie de cuentos) y los relatos "El Desierto".

En 1924 viaja a Rosario y en 1925 se enamora de María Elena Bravo. Publica 27 artículos en la revista "Caras y Carretas" con el título "De la vida de nuestros animales". Publica también "Los Desterrados".

En 1926 la Editorial Babel hace un "Homenaje a Horacio Quiroga" en el que colaboran destacados escritores argentinos y uruguayos.

En 1927 publica artículos en la revista "El Hogar" y se casa con María Elena. En el año siguiente nace su hija María Elena a quien él solo llama "Pitoca".

En 1929 publica la novela "Pasado Amor". En 1931 "Suelo Natal" es su libro de lectura para el cuarto grado de la escuela primaria.

En 1932 vuelve a San Ignacio donde permanecerá hasta 1936, cuando descubre que está con cáncer.

En 1935 publica "Más Allá".

En 19 de febrero de 1937, sin esperanzas de supervivir al cáncer, se mata tomando cianuro.

ANÁLISIS DEL CUENTO "LA INSOLACIÓN"

El cuento "La Insolación" es uno de los cuentos de Quiroga en donde los personajes son animales capaces de adquirir facultades humanas. Éste es uno de los cuentos del libro "Cuentos de amor de locura y de muerte" titulados así, sin comas

entre las palabras, que fue publicado en 1917. En esos tiempos, Quiroga escribe sobre lo que aprendió día tras día en la selva. "La Insolación" le trae algo nuevo que es ubicar el punto de vista del narrador en los animales, experiencia también vivida más adelante por George Orwell. Con esa idea de verter a los animales en seres que razonan va a escribir un libro dedicado a sus hijos Eglé y Darío, los "Cuentos de la Selva" hecho que va a iniciar, probablemente, el cuento infantil en Latinoamérica.

El cuento tiene como protagonistas cinco perros fox-terriers, con nombres y sus propias características: Old, era el incrédulo; Milk era su padre; Dick, el taciturno; Prince tenía el labio superior partido por un coati e Insolú, que tenía nombre indígena. Excepto Old, todos eran "de edad".

El primer párrafo de "La Insolación" tiene una estructura casi poética, en donde algunas palabras riman entre sí, entrecortándose como las quiebras de un soneto:

"El cachorro Old salió por la puerta y atravesó el patio con paso recio y perezoso. Se detuvo en la linde del pasto, estiró al monte, entrecerrando los ojos, la nariz vibrátil y se sentó tranquilo. Veía la monótona llanura del Chaco, con sus alternativas de campo y monte, monte y campo, sin más color que el crema del pasto y el negro del monte. Este cerraba el horizonte a doscientos metros, por tres lados de la chacra. Hacia el Oeste el campo se ensanchaba y extendía en abra, pero que la ineludible línea sombría enmarcaba a lo lejos." (3)

El cachorro Old veía las "alternativas" del escenario en crema y negro pero traía el alma "pensativa" pues sabía que el día siguiente tendría otro día de seca. La presencia casi táctil del sol en el texto y sus consecuencias, como una insolación, es muy grande.

Milk era el padre de Old y tras cruzar el patio, se sentó al lado de aquél. Miraban las cosas "por costumbre" y hablaban palabras secas, sin adjetivos, como el propio Quiroga ordenaba en su "Decálogo del Perfecto Cuentista":

- "La mañana es fresca", decía Milk al otro perro y éste añadía:
- "En aquel árbol hay dos halcones."

Este es un diálogo que no añade colores, como si no se percibieran las cosas. Es verdad que hoy sabemos que los perros solo distinguen el blanco y el negro, pero el autor propositadamente usa muchos nombres y pocos adjetivos en sus descripciones.

Con la llegada del sol que doraba los dos perros, llegaron los otros compañeros: Dick, Prince e Insolú. Los fox-terriers, son los perros preferidos de los cazadores y en esta parte se ve que Quiroga busca su propia experiencia: a su padre le gustaba la caza, deporte que era aficionado; deberían ser fox terriers sus perros. Su padre murió con una espingarda de caza.

Es interesante notar también los nombres de algunos de los perros: Old (en inglés "viejo") era el más nuevo; Milk (en inglés "leche") era el padre de Old; Prince (en inglés "príncipe") tenía el labio superior partido por un coati, lo que le dejaba los dientes a muestra. Justo el príncipe tenía una apariencia asustadora. Insolú era el único que tenía "nombre indígena". En los quince años que Quiroga vivió en Saladito, San Ignacio, él tenía varios interlocutores: el coati Tutankamón (¿qué ha mordido Prince?), el búho Pitágoras, el yacaré Cleópatra y el venado Dick.

Los protagonistas viven en una hacienda, una chacra de plantación de algodón con su dueño, mister Jones y algunos peones. Mister Jones les trataba muy bien y por eso temían que él muriera con las borracheras que a menudo tenía cuando bebía whisky.

Los perros dormían al sol. Una hora después sintieron los pasos de su dueño que bajaba la escalera del "bizarro rancho de dos pisos". Ese rancho se quedaba a orillas del río Saladito (el mismo río en donde se quedaba la casa del autor del cuento "La Insolación"). Según descripciones de sus amigos, se describe la casa así:

"un armazón de postes sólidamente enclavados en tierra, sobre los que descansa el techo, formado de vigas horizontales y angulares y el varillaje necesario para sostener un tejado de maderas." (4)

Y agregan: "nunca había gustado mejor genio ni tanto amor en la realización de una obra."

Según Nydia Grotto, la casa, que era adornada con pieles de los animales que su dueño cazaba, guarda cierta semejanza a una estación de ferrocarril y hoy la casa está convertida en museo.

Al bajar las escaleras, mister Jones traía "la mirada muerta y el labio pendiente" (5) de tanto beber. Los perros olfatearon sus botas mientras él se lavaba, pero el sol fuerte los llevó de nuevo a los corredores de la casa. El día sería igual a todos los demás: seco, límpido y con "catorce horas de sol calcinante". Mister Jones apenas miró el trabajo del día anterior y fue dormir la siesta.

Mister Jones era dueño de una hacienda productora de algodón, como había sido el propio Quiroga, que también puso en su personaje un nombre en inglés como ya había nombrado a los perros. Había peones en la chacra que también serán nombrados "indios" y cuando a las dos horas éstos volvieron al trabajo, los perros fueron tras ellos. Desde el último invierno los perros habían aprendido a disputar a los halcones los gusanos blancos que levantaba el arado. Por eso, cada perro acompañaba los golpes de la azada pero el calor, sin embargo, era demasiado y a cada rato ellos cambiaban de planta, en procura de una

sombra fresca. En un día de mucho sol pensaron ver al patrón sentado sobre un tronco. No era; era un espejismo producido por el fuerte calor. Estaban sufriendo una insolación y a él después les pareció que aquella persona era la muerte que se asomaba a lo lejos.

Meneando el rabo, Old se puso de pie. Los otros también se levantaron pero estaban erizados.

- "¡Es el patrón!" exclamó Old, sorprendido con la actitud de sus compañeros.

- "No, no es él", replicó Dick.

Old quiso ir hasta el bulto pero Prince le mostró más sus dientes.

- "¿Es el patrón muerto?" preguntó entonces ya erizado.

Los otros se rompieron a ladrar mientras "*Mister Jones se desvanecía ya en el aire ondulante*" (6). Sin distinguir nada pues nada habían visto, los peones levantaron la vista de sus trabajos al oír los ladridos de los cinco perros, que volvieron al rancho. Old había aprendido con sus compañeros que cuando una cosa va a morir, aparece antes y, aun incrédulo, preguntó:

- "¿Cómo saben que éste que vimos no era el patrón vivo?"

- "Porque no era él", le respondieron inmediatamente los otros perros.

Si realmente fuera la muerte el bulto que habían visto, sabían que al morir su Mister Jones, cambiarían de dueño, vendrían la miseria y las patadas. Por eso pasaron el resto de la tarde al lado del patrón, gruñendo al menor ruido. Mister Jones se sentía "*satisfecho de su guardiana inquietud*".

Con la noche, los perros empezaron a llorar. Oyeron los pasos de mister Jones que comenzaba su velada de whiskey como hacía todas las noches. Lloraban en coro, volcando sus sollozos convulsivos y secos en un aullido de desolación. Los perros lloraban por lo que eso significaba: la miseria, las patadas que vendrían tan pronto tuvieran otro dueño. Por dos veces se produjo la insolación; por dos veces vieron a la sombra que pensaban ser mister Jones. Ellos sabían que cuando una cosa iba a morir, aparecía antes y por eso no se alejaban de su dueño.

Los cuatro perros "*de edad*" (7), agrupados a la luz de la luna continuaban llorando su "*doméstica miseria*". Ellos fueron, a lo largo de los años, "*bien alimentados y acariciados*" por su dueño. En la mañana siguiente fue el propio mister Jones que fue buscar a las mulas para empezar el trabajo y trabajó hasta las nueve. Entretanto, no estaba satisfecho. Almorzó y subió para la siesta; los perros se quedaron en los corredores comentando que el bulto no había aparecido más. Cuando una gallina cruzó el patio, Prince, que la había seguido, avisó que el caballo de uno de los colonos que le había llevado al poblado estaba sólo. Con los ladridos de los perros, mister Jones bajó. Regañó con el colono porque éste no hizo lo que pidiera (comprar un tornillo para una máquina) y también porque el caballo muriera al volver a la chacra. En esa hora, nos preguntamos: ¿Había visto el caballo alguna cosa? Por supuesto se asustó con algo que vio por el camino.

Los perros estaban contentos porque la muerte, "*que buscaba a su patrón, se había conformado con el caballo*" Pero el peón no había encontrado el tornillo y dio al patrón "*jesuíticas disculpas*" (8) como el almacén cerrado, el encargado que dormía, lo que dejó mister Jones muy aburrido porque quería terminar el servicio. En esa parte es interesante el término "jesuítico". Quiroga siempre fue fascinado por las misiones y cuando fue a una de ellas como fotógrafo, nunca sacó de su idea volver un día a las Misiones, hasta que compró su casa en San Ignacio.

Arno Kern en su libro "*Utopias e Missões Jesuíticas*" hace un estudio moderno sobre los Treinta Pueblos y se puede traer algunos argumentos para la búsqueda de las Misiones por Horacio Quiroga. No se puede decir que el autor sea un utopista pero quiere llegar a las misiones que es, en la visión de los historiadores y otros científicos, un lugar utópico. Así:

"O utopista analisa o contexto social em que vive com um sentimento de revolta e de insatisfação. Julga a sua sociedade um caso patológico e assume uma posição pessimista sobre as possibilidades de intervenção eficaz. O gênero literário da utopia, entretanto, somente nascerá quando o utopista realizar a construção de sua cidade imaginária, de seu sistema social perfeitamente organizado, servindo de modelo à humanidade." (9)

El autor sigue con sus pensamientos:

"O isolamento do mundo real, inicialmente, evitaria as influências deletérias do mundo exterior possibilitando à comunidade utópica desenvolver-se e atingir a perfeição. (...) A economia é fechada, de base agrícola, sem recurso ao ouro, à prata e ao comércio." (10)

La biografía de Quiroga nos muestra que él ha intentado todo eso: cuando va vivir en San Ignacio va a ser colono, va plantar algodón y va a estar a tres días de distancia de la población más próxima. Va a pasar en esas tierras por lo menos quince años. Va a crear sus hijos en la naturaleza, lo que hace su primera suegra pelearse con él siempre, porque ella quería nietos y no cachorros.

Después del ocurrido con el colono y la muerte del caballo, mister Jones, él mismo salió en búsqueda del utensilio. Los perros lo acompañaron pero por cuenta del demasiado calor, se detuvieron a la sombra. Mister Jones seguía camino. Al temor de

la soledad, empezaron a seguirle.

Con el tornillo ya comprado, mister Jones vuelve a la hacienda. Bajo el sol y el cansancio, el camino se hacía muy duro. Tres días era el tiempo que se gastaba para ir y volver al obraje y mister Jones se convenció que había pasado de sus límites de resistencia: en su oído le golpeaban los latidos de las carótidas. Los perros seguían tras él, *"trotando con toda la lengua fuera"* (11). A veces paraban pero siempre volvían al tormento del sol. Cuando vieron la casa, apuraron el trote.

Ese tiempo demasiado entre la chacra de mister Jones y el poblado se puede encontrar en la vida de Quiroga: su plantación de algodón se quedaba lejos de Resistencia — la ciudad más próxima de San Ignacio — siete leguas. Por supuesto en aquellos tiempos el propio autor debería gastar también tres días a caballo para ir y venir a su casa.

Los perros sabían que mister Jones no estuviera bien durante la travesía del pajonal. El aire le faltó y una angustia cardíaca no permitía que condujera la respiración. Mister Jones se sentía en el aire, se mareaba y tuvo un vértigo.

Old era el perro que iba adelante, era el más nuevo de ellos y fue éste que vio al patrón vestido de blanco, caminando hacia ellos.

- "¡la muerte!, ¡la muerte!", aulló.

El viaje entre la hacienda y el poblado duraba tres días y cuando en el retorno a la casa viran a mister Jones de blanco, mirando hacia ellos, tuvieron una certeza: aquélla era la Muerte, como había sido en las otras dos veces.

Cada uno de los cinco perros tuvo una experiencia con el dueño de blanco, que *"continuaba caminando a igual paso; como un autómatas, sin darse cuenta de nada"* (12). En un momento, junto a sus perros, mister Jones se detuvo, *"giró sobre sí mismo y se desplomó."* Los peones lo vieron caer del caballo y lo llevaron al rancho pero Mister Jones murió sin volver en sí. Mister Moore, su hermano, en cuatro días liquidó todo y los perros fueron repartidos entre los indios. De este día en adelante, vivieron flacos y sarnosos, yendo, todas las noches, *"con hambriento sigilo"*, a robar espigas de maíz en las chacras ajenas. Como previeron, con la muerte del dueño, los cinco fueron repartidos entre los indios y para sobrevivir, robaban.

Los relatos que incorporan animales como personajes testimoniales en la obra de Quiroga hicieron con que fuera calificado como un Kipling sudamericano. Algunos críticos, sin embargo, quieren justificar el error: si Kipling es el hombre civilizado que mira la selva como *"un escenario de aventuras bastante externas"* (13), Horacio Quiroga es el hombre que primero vive y padece el mundo salvaje para después escribir sobre el tema.

Esa comparación se dio cuando sus cuentos infantiles aparecieron en las revistas. Fueron publicados como "Cuentos de mis hijos". Solo en 1918 tomaron el nombre de "Cuentos de la Selva para niños", clara vinculación con el "Libro de las Selvas" del escritor anglo-indio Rudyard Kipling, publicado en 1894. Kipling era muy admirado por Quiroga.

Es Borges quien dice: *"Quiroga escribió los cuentos que ya había escrito mejor Kipling."* (14) y el crítico uruguayo Emir Rodríguez Monegal contesta:

"Para Kipling la selva era un tema literario y no una experiencia personal. Él era un escritor europeo que aprovechaba el exotismo del lugar donde había nacido, en tanto que Quiroga es (al revés) un hombre que nace en la ciudad y elige la selva como su hábitat."

Horacio Quiroga también será comparado a Robson Crusoe, de Daniel Defoe porque se propone a repetir la gesta del hombre hasta la civilización y *"en soledad de la choza y con la naturaleza con que nacen los animalitos en la selva"* (14), nace su hija Eglé.

Por el río Saladito navega en la piragua de fabricación casera y lleva los hijos (el segundo, Darío, nace en Buenos Aires porque la madre no quiere repetir la experiencia "robinsoniana"). Así como la comparación a Kipling, la comparación a Crusoe tendrá sus puntos a discutir: Robinson Crusoe tuvo necesidad de construir su mundo después del naufragio; Quiroga dejó su mundo en Buenos Aires voluntariamente para crear un nuevo mundo, suyo.

En San Ignacio él aguza su ingenio para sobrevivir y desea reducir al relámpago de unos pocos días o unos pocos años todo lo que los milenios necesitaron para pasar el hombre del estado primitivo a la civilización. En su hacienda Horacio Quiroga, ayudado por sus incursiones juveniles en los campos de la química, fabrica un dulce de maní y miel, el *yatef*; inventa un aparato para matar hormigas; destila naranjas; extrae caucho y trabaja la tierra explotando yerba mate.

Él es el ser humano, "a puño limpio" que desafía la *"ferocidad antropofágica de la naturaleza"* (15). Esa visión interna de la selva le dio condiciones de escribir "El Desierto", en donde un padre viudo está con sus dos hijos en combate por la supervivencia entre hombre y fiero. Ese tránsito le permite que se introduzca el cazador de fieras en la fisonomía de los animales, sin adulterarlos. En "Al Alambre de Púas" son las vacas, caballos y el toro Barigüi los que protagonizan y actúan con sus

propios puntos de vista sin que el autor imite a las fábulas y ésta es la diferencia básica en Quiroga. En cambio, puede ocurrir en contagio inverso: la animalización casi involuntaria del hombre, como en el cuento "El perro valioso".

En "La Insolación" Horacio Quiroga transmite su concepción de la selva, en que él enfatiza "la violencia de la paz" y la "libertad sangrienta de las especies". Los perros se preocupan con la muerte de su dueño porque saben que no estarán bien sin él. "La crueldad es un defecto humano" dicen Urdaneta y Miliani y cuando muere mister Jones los perros son separados, los amigos se alejan, padre e hijo se distancian y ellos empiezan a tener hambre; pasan a vivir "flacos y sarnosos". Y los autores prosiguen: "La crueldad no está en el medio de los animales." (16)

En los tiempos del Colegio Nacional su maestro de Ética le obligó a presenciar la escena del sapo en el tranvía: los alumnos estaban en el Jardín Botánicos cuando ese profesor voluntariamente puso un sapo en la vía para que el tranvía lo aplastara, como de hecho ocurrió. Ese contacto con el animal está el en cuento "Recuerdos de un sapo" de 1908. Así como los animales Quiroga quiere enfrentar la lucha de los instintos y las supervivencias como un orden pacífico. Los animales son los primitivos habitantes, despojados de los hombres usurpadores y habitantes posteriores, por eso, tiempos después al casarse y tener sus propios hijos, les va a dar una creación libre y su mujer no va a querer tener más "animalitos" como quería Horacio.

Así, al poner la palabra en la boca de los animales, Quiroga respeta el punto de vista de esos seres no racionales. Rodríguez Monegal, citado en el libro de Urdaneta y Miliani, dice a respecto de Horacio Quiroga y sus probables conocimientos sobre la teoría evolucionarias de Carlos Darwin:

"La normalidad de la vida en la selva es bien conocida (...) hay un algo que rige el trabajo constante de la selva, y ese algo es la libertad. Cuando las especies son libres, en la selva ensangrentada reina la paz." (17)

Oscar Sambrano-Urdaneta y Miliani dicen que la vida y la obra de Horacio Quiroga convergen hacia tres factores: la muerte trágica, el amor frustrado y la naturaleza salvaje. El triángulo se repetirá en los lugares en donde vivió Quiroga: la frontera entre Brasil, Argentina y Uruguay. Sin embargo, Nydia Grotta en las notas preliminares de la edición usada en este trabajo del los "Cuentos de la Selva" también sostiene que el "Silvestre" de su nombre, por haber nacido en el día de San Silvestre siempre ha sido más fuerte que el "Horacio".

Poeta modernista, hombre culto y refinado, se proyectaría a través de sus narraciones largas. Horacio Quiroga es el maestro del cuento realista, con un criterio estético que evoluciona sencillamente hacia el cuento psicológico. Con él es que por primera vez las letras hispanoamericanas entran en la selva. Ese es un zambullido en un mundo aún virgen, de la América profunda, entera.

Su estilo sencillo y su prosa, amplia y sobria, aplica su arte realista al estudio de la conducta humana y zoológica con una objetiva exactitud en las descripciones.

Catalogado como escritor de un género maldito, porque con él la vida no tuvo piedad y se le reveló implacable en todos su fantástico y terrorífico esplendor, Horacio Quiroga ocultaba la realidad de su tierno y sensible corazón.

ANOTACIONES:

----- (1) Oscar Sambrano URDANETA y Domingo MILIANI, *Literatura Hispanoamericana I*, pág. 498

(2) Horacio QUIROGA, *Cuentos de la Selva*, pág. 12.

(3) Oscar Sambrano URDANETA y Domingo MILIANI, *Literatura Hispanoamericana I*, pág. 498

(4) Op. Cit, pág. 498 (5) Op, cit. pág. 499

(6) Op, cit. pág. 499

(7) Op, cit. pág. 501

(8) Op, cit. pág. 501

(9) Arno Alvarez Kern. *Utopias e Missões Jesuíticas*, pág. 12

(10) Op, cit. pág. 13

(11) Oscar Sambrano URDANETA y Domingo MILIANI, *Literatura Hispanoamericana I*, pág. 501

(12) Op, cit. pág. 502

(13) Op, cit. pág. 491

(14) Horacio QUIROGA, *Cuentos de la selva*, pág. 22

(15) Op. Cit, pág. 22

(16) Oscar Sambrano URDANETA y Domingo MILIANI, *Literatura Hispanoamericana I*, pág. 501

(17) Op, cit. pág. 492

BIBLIOGRAFIA

QUIROGA, Horacio. *Cuentos de la Selva*. Buenos Aires, Losada, 1997.

URDANETA, Oscar Sambrano y MILIANI, Domingo. *Literatura Hispano-americana I*. Caracas, Monte Ávila, 1994.

DECÁLOGO DEL PERFECTO CUENTISTA

I

Cree en un maestro — Poe, Maupassant, Kipling, Chékov — como en Dios mismo.

II

Cree que su arte es una cima inaccesible. No suenes en domarla. Cuando puedas hacerlo, lo conseguirás sin saberlo tú mismo.

III

Resiste cuanto puedas a la imitación, pero imita si el influjo es demasiado fuerte. Mas que ninguna otra cosa, el desarrollo de la personalidad es una larga paciencia.

IV

Ten fe ciega no en tu capacidad para el triunfo, sino en el ardor con que lo deseas. Ama a la arte como a tu novia, dándole todo tu corazón.

V

No empieces a escribir sin saber desde la primera palabra adónde vas. En un cuento bien logrado, las tres primeras líneas tienen casi la importancia de las tres últimas.

VI

Si quisieres expresar con exactitud esta circunstancia: "Desde el río soplaba un viento frío", no hay en lengua humana más palabras que las apuntadas para expresarla. Una vez dueño de tus palabras, no te preocupes de observar si son entre sí consonantes y asonantes.

VII

No adjetives sin necesidad. Inútiles serán cuantas colas de color adhieras a un sustantivo débil. Si hallas el que es preciso, él solo tendrá un color incomparable. Pero hay que hallarlo.

VIII

Toma a tus personajes de la mano y llevados firmemente hasta el final, sin ver otra cosa que el camino que les trazaste. No distraigas viendo tú lo que ellos no pueden o no les importa ver. No abuses del lector. Un cuento es una novela depurada de ripios. Ten esto por una verdad absoluta, aunque no lo sea.

IX

No escribas bajo el imperio de las emociones. Déjala morir, y evócala luego. Si eres capaz entonces de revivirla tal cual fue, has llegado en arte a la mitad del camino.

X

No pienses en tus amigos al escribir, ni en la impresión que hará la historia. Cuenta como si tu relato no tuviera interés más que para el pequeño ambiente de tus personajes, de los que pudiste haber sido. No de otro modo si obtiene la vida del cuento.